

FRANCISCO JAVIER
RODRÍGUEZ GARCÍA

VOZ
FRAGMENTADA
[extracto]



*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
sólo puede ser realizada con la autorización de los titulares,
salvo excepciones previstas por la ley.*

www.cedro.org/derechos/limites-y-excepciones

© Francisco Javier Rodríguez García, 2020

ISBN: 9798569222803

El texto utiliza la tipografía «Ibarra Real Nova» creada por José María Ribagorda y revisada por Océlvio Pardo, distribuida bajo SIL Open Font License.
<https://github.com/googlefonts/ibarrareal>

La fotografía de portada fue tomada por Joeyy Lee, distribuida por Unsplash, que permite el libre uso comercial.
<https://unsplash.com/photos/3Lojy73l8u8>

EL BOCETO

Siempre he sentido una obscena fascinación por los bocetos en las artes, porque, para mí, el boceto representa la verdadera esencia, pura y sin destilar, de la creación.

He recogido en este volumen los fragmentos de mis prosas que han sobrevivido al tiempo. Si bien hay algunos textos que merecen una reescritura, he optado por hacer las correcciones editoriales mínimas para guardar su esencia, como por ejemplo el relato breve «Zaire (1996)» que muestra cómo un niño de catorce años percibe esos terribles eventos en la historia de la Humanidad.

Por ello, ruego al lector intente mirar los textos incompletos no por lo que les falta, sino como retazos de la razón y del sentimiento.

Incluyo en este volumen cuatro obras terminadas de mi juventud. Están ubicadas al comienzo para mostrar al lector la diversidad de estilos y estructuras creadas durante la búsqueda de mi propio lenguaje.

Islantilla, noviembre de 2020
FJ·RG

A LA SOMBRA
DEL CIPRÉS

I. A LA SOMBRA DEL CIPRÉS

Recorrió con sus ojos el torso semidesnudo de su compañero.

—¿Qué miras?

—Nada —dijo mientras un rubor recorría sus mejillas enrojecidas por el frescor del mármol. Puso sus colosales dedos sobre los pectorales de su amante y martirizó los pezones. Sus ojos se cruzaron, juntaron sus labios y se sumergieron en la noche, con súbito gozo, deseando.

La sombra del Ciprés inunda la inmensidad ocultando a los lascivos enamorados.

2. UN NUEVO AMANECER

El alba despuntó y aquella sombra volvió a su letargo diurno. Los rallos del sol bañaron los cuerpos enamorados.

El cementerio comenzó a cobrar vida. Se despidieron y una amargura estremeció a las ánimas que, entrañables, les estuvieron observando en sus juegos tabúes.

La monótona canción de los pájaros vuelve a sonar: primero la ducha, luego el desayuno y después los estudios.

El camposanto que les aunó llora sobre las lápidas blanquecinas y desgastadas por el devenir de los años esperando llegue el momento del reencuentro. La pareja está pendiente del sol que abandona su cénit, de las horas que lentamente pasan.

—¿Estáis prestando atención? —inquirió la profesora.

3. LA DESPEDIDA

Aurora se acerca al Ciprés y corta, como cada sábado, una hoja. Con una lágrima en la enjuta mano, la introduce a través de una pequeña fisura en la pared, en el nicho de su esposo.

4. CUANDO CAE LA NOCHE

La tarde cayó, como a las hojas el rocío, y los amados se volvieron a reunir alrededor de ese fuego estival, a través de un camino silencioso. El aire ulula y la luna hace su entrada magistral en el escenario de los sueños.

En el atardecer, mientras los pájaros retornan a su hogar, ejercen su oficio de entregados al placer: se besan a la sombra del Ciprés que se alarga, crece y penetra en el cuerpo, ¡aquella negra, caduca y vieja!

[...]

SILENCIO EN JARDÍN

Los hombres de negro me hicieron dos visitas en toda mi vida: una, cuando se marchó mi madre, y otra, cuando mi hermano. Antonio estuvo todo el tiempo allí, mi padraastro.

Jardín, mi Jardín. Todo el mundo se mofaba del nombre de la plantación. A mí, sinceramente, me parecía de lo más apropiado pues todo era siempre verde, incluso durante los fríos meses de otoño y el feroz invierno. Verde, salpicado de otros miles de colores. Jardín. Más que Jardín, Edén.

Toda mi infancia se encuentra en esos parajes, alejados de todo rasgo de civilización. Mama Bucha nos cuidaba por entonces. Mi primer recuerdo es un gélido día de primavera; tendría unos cinco años. Lo tengo grabado en la memoria porque fue justo cuando mama Bucha se cayó por las escaleras heladas, por lo que tuvimos que cuidar de ella durante dos semanas. También llovía. Creo que llovió más que en todos los días que he visto llover en mi vida juntos. Estábamos mi hermano Julián y yo en el columpio que estaba en la parte trasera de casa cuando oímos a nuestra madre gritar. No sabíamos qué había pasado y nos dirigimos instintivamente corriendo al recibidor. Andrés, el mayordomo, salió de la nada y nos dijo que nos fuéramos a jugar al laberinto de setos que estaba cerca del río Guadalmar; pero había algo en su voz que nos inquietaba. Estuvimos insistiendo en ver a mamá sin cesar hasta que ella vino, con el pelo revuelto recogido apresuradamente. Nos dijo que no pasaba nada, intentando calmarnos, por lo que nos fuimos a jugar. Al anochecer, cuando regresamos, nos dijo que mama Bucha estaba mala y que no debíamos molestarla. Al día siguiente, vino una sustituta. Se llamaba Alejandra, la fría Alejandra, como la llamábamos. Tendría unos sesenta y muchos años, vestía siempre de negro y no sabía reír. Nos daba miedo.

Aún pienso que tenía una parte de bruja. Durante su estancia en Jardín, mi hermano y yo intentamos que su vida fuera lo más desagradable posible para quedarnos todo el tiempo con mama Bucha. No hacíamos caso a lo que decía, pedía o, normalmente, mandaba; nos ocultábamos de ella; la empujábamos... al fin, el sentimiento de odio llegó a ser recíproco. Cuidábamos todo lo bien que pudimos de mama Bucha. La pobre tenía una cara macilenta. El señor Manuel nos recriminaba constante por malgastar el tiempo sin hacer nada de utilidad. Él lo sabía todo porque, según nos decía, se lo había comunicado el mismísimo Dios. Era nuestro tutor porque la escuela se hallaba demasiado lejos de Jardín como para ir y volver todos los días y porque nuestra madre siempre se negó a enviarnos a un internado como quería nuestro padraastro.

También tengo recuerdos alegres de mi infancia en Jardín. Me acuerdo de cuando mamá se compró aquel vestido blanco de satén que le llegaba por las rodillas. Estaba radiante con él. Decía que era la última moda en Francia, aunque la abuela no dejaba de aullar a los cuatro vientos que eso era una indecencia. En verdad, era un cambio de la sociedad: pasar de no mostrar ninguna parte del cuerpo a mostrar las rodillas e incluso los brazos. Estábamos cambiando muy rápido sin tiempo casi para adaptarnos; pero el tiempo se detuvo cuando un coronel de la policía impuso su orden a la nación.

O el día que nos visitaron la tía María y sus hijos. Fue un verano muy caluroso así que estuvimos en el río bañándonos. Tendría yo unos diez u once años, más o menos. Habíamos terminado de jugar al escondite cuando mamá tiró a la tía

María al río. Cómo reían. Parecía que volvieran a ser niñas. Creo que fue uno de esos momentos inolvidables en mi vida.

Cuando cumplí los diez, comenzaron los cambios en Jardín. Era una época de represalias porque mi padraastro había luchado en el bando equivocado. Intentaron varias veces echarnos de nuestras tierras, pero no lo consiguieron. Quemaron los establos, los volvimos a levantar. Incluso intentaron secuestrar a mamá, pero sobrevivimos. Mi padre pertenecía al bando ganador, aunque mí me dijo que pensara como quisiese pero que no debía decírselo a nadie jamás.

En cualquier caso, algo sí cambió definitivamente en Jardín. Puede que fuera porque habíamos crecido pero nuestro tutor se nos mostraba ahora no ya como alguien que tiene grandes conocimientos, sino como alguien que ha vivido demasiado tiempo.

[...]

RETAZOS

I — GRITO EN EL LAGAR

«Después de la aurora un aullido hizo su presencia en aquel despertado lagar. Un nuevo día, despejado, atraía a las flores para que se levantasen de su larga siesta.

La puerta del lagar se abrió y de ella apareció una niña pequeña. Abrazada a sí misma con sus enjutos brazos comenzó a escarbar en el suelo para recoger un poco de agua. Su piel, blanca como la nieve, era suave; y su cara era bonita, aunque no destacara entre ese paraje helado.

A lo lejos, ¡cuidado!, entre los árboles verdosos apareció una figura distorsionada. La niña, ignorante, se fue acercando.

¡De pronto...! se paró a unos metros delante de esa figura. Se percibían ambos, notaban el calor corporal que ambos desprendían. El aire expulsado se captaba en forma de un vaho blanco que al instante desaparecía entre el gélido aire.

Un aullido estridente, sacado de las entrañas de aquella bestia, hizo que la diminuta niña se cercara sus oídos. Esa imagen se abalanzó sobre la niña. La nieve se tiñó de rojo...»

«...y por eso —continuó Águila Blanca— en las noches de frío se oye ese ulular continuo, que es el gemido de la pobre niña blanca.»

II — LAS ROSAS

«Me estuvo mirando mientras se oscurecía su cara y las tinieblas iban absorbiendo lentamente cada suspiro de su ajada garganta.

Rocé, como sin querer, las negras espinas que componían esa delicada rosa negra y, ávido de emociones fuertes, me tumbé en el frío lecho de mármol creado para los diferentes sacrificios.

Comprendí entonces que iba a ser muerto por dura espada o vil daga envenenada e intenté marcharme; no podía.

En su cara brotó servilmente una sonrisa y me ofreció a Kalí. Primero desnudó su brazo y me hizo un corte rápido del que manó unas gotas de sangre que fueron a caer en la tierra. Renqueando arrancó el corazón a mi Txais, se acercó a mí...»

«...y el cielo se oscureció —continuó relatando Moabi—. Las gotas de sangre que cayeron en la tierra la tiñeron de ese color rojizo que vemos en nuestro Gobi y el corazón arrancado al amigo quitó la vida a la Gran Llanura convirtiéndola en una tierra estéril.»

[...]

LIPOGRAMAS

*Dedicados a Enrique Jardiel Poncela,
lipogramista español.*

II — ¿Y?

(Cuento sin vocales)

Yry yny nyńy dy mynydy cymplyxyýn. Vyvyý byjy yn pyynty yl lydy dyl rýy. Yn dýy, prytygyýndysy dyl frýy cyn yn tryzy mynydy dy tyly, ystyvy pydyyndy dynyry y, yl yntyntyr cryzyr ly cyllly, yn eychy byrrý sy dymynyty pysy pyr ly tyrry; myyntrys, llyrybyn lys ýngyls.¹

¹ N. del A. Para aquellos interesados que no sean capaces de leer el texto, aquí les indico la correspondencia: “Era una niña de menuda complexión. Vivía bajo un puente al lado del río. Un día, protegiéndose del frío con un trozo menudo de tela, estuvo pidiendo dinero y, al intentar cruzar la calle, un coche borró su diminuto paso por la tierra; mientras, lloraban los ángeles.”

FRAGMENTOS
DE IRONÍA

I — ISAGOGE A (LA) PU(G)NA

Nota del editor

Estimado lector,

Suplico indulgencia de su parte ante esta obra. Podrá parecer extraña, al principio, rara a continuación y, más tarde, producto de un fumador de hachís, mas todo ello lo escrito en esta obra es, en verdad, errado.

La verdad, aunque difícil de demostrar *a priori*, es que el traductor de esta *magnus opera* es capaz de conectar tanto psíquica como físicamente con otras realidades (aún está por esclarecerse si son *paralelas* o *verticales*) y otros mundos.

Doy fe, aunque me tachen de loco, de que todo lo que digo es cierto.

Franz Rogar

Nota del traductor

¡Qué pasa! Soy el traductor. Me llamo *Aynadamar*. Te juro que no miento (ni me pincho) cuando te digo, tío, que soy capaz de hablar con *los otros*.

Que sí, que sí, que están por todas partes. Nos rodean, ¡ostia!

[Silencio]

Me dice mi loquero que no diga más palabrotas y el carcelero que ya tengo que colgar el teléfono...

(Que carcas que son...)

Bueno, que te dejo. Ya verás cómo mola el librejo de *Temgis Fupus*, que es un colega de los buenos.

Aynadamar

Nota del autor

Cualquier cosa que hayan dicho anteriormente tanto el editor como el traductor es mentira, y punto.

Temgis Fupus

§ Exordio

El Mundo y, en él, el árbol de Joanävira².

La historia de este milenarismo superviviente comienza pocos años antes de la formación de la más próspera y envidiada ciudad que jamás haya habido en el Mundo: Anfât—un—Veð³.

Actualmente, aquella gran urbe no es más que un difuso conjunto de casas dispersas, escombros y ruinas. Si, a *eso*, le unimos las gentes que la habitan, podremos contemplar, en toda su vasta gloria, la decrepita ciudad de Shuðbeð⁴.

No os preocupéis, que no voy a relatar el «Día de las Lágrimas y los Puercos», caída de la ciudad antigua y nacimiento de la actual, pues es de sobra ya conocido. No obstante, para aquellos interesados y neófitos que deseen ampliar la información sobre uno de los mayores acontecimientos acaecidos en el Mundo, pueden consultar cualquier libro de historia clásica en la Biblioteca Nacional de Fränyip. Quienes, tras leer ese «cualquier libro», deseen conocer realmente lo que ocurrió durante aquel terrible mes, pueden leer mi estudio en el volumen 1.327 de *Anales del Mundo* —publicación anual del organismo internacional de mayor prestigio dedicado a la historia: O. L. V. I. D. A. D. O.— intitulado «Historia e histeria: la verdad tras el mito del “Día de las Lágrimas y los Puercos”». [...]

² (N. del T.) Joanävira, literalmente, «[yo] vi la ira de Joana».

(N. del E.) El nombre del árbol probablemente haga referencia a Santa Joana, cuya paciencia terminó el día en que ahorcaron a su peluche preferido de un árbol.

³ (N. del T.) Anfât-un-Veð, literalmente, «Ungordo-bajola-cama».

⁴ (N. del T.) Shuðbeð, literalmente, «enterrado[debajodela]cama».

FRAGMENTOS
DE FANTASÍA

II — [SIN TÍTULO]

Hay muchas historias por contar.
Ésta fue una de ellas.

LIBRO I — Lazos de sangre

§ I — Leumando, el Llano Infinito

El viento azotaba la planicie, el agua se desplomaba sin control, el trueno bramaba insaciable. Y el niño, sentado sobre el frío y empantanado suelo, agarrando las rodillas entre sus menudos brazos, se estremecía y apretaba la espalda contra el tronco del árbol en un vano intento de refrenar el temblor que recorría su cuerpo magullado, como queriendo fundirse con la quieta madera ajada.

En Leumando, no había más árbol. De hecho, hasta donde alcanzaba la vista, todo él era hierba rasa salpicada de pequeños grupos de dientes de león, tan amarillos, que parecían conatos de incendio sobre un mar olivino.

El cielo se volvió a iluminar en su plenitud, avisando de la inminente llegada de otro trueno. El niño cerró los ojos, se encogió más sobre sí mismo y esperó el fatídico encuentro.

De súbito, notó una presión sobre el tobillo derecho, como un verdugo oprime el corazón de un preso. Después, una fuerza arrastrándolo sobre el suelo embarrado, sus manos aferrándose a las pocas raíces superficiales, sus uñas rasgando el fluido lecho en busca de un asidero, pero se apercibía de que perdía la protección del árbol inexorablemente.

Cuando supo que ya no tenía escapatoria alguna, abrió los ojos y allí estaba Él. Siempre Él. Su sonrisa torcida y mellada. Su lengua lamiendo esos labios reseco aún bajo el aguacero. Y esos ojos, que miraban sin verte, que te desollaban sólo para descubrir qué había bajo tu piel; esos ojos, absolutamente negros, que mostraban su verdadero ser.

Endouelico abrió su espantosa boca y dijo una única palabra: «Mío»; y el trueno llegó.

[...]

FRAGMENTOS
DE ÉPOCA

II — LAS ROCAS INDOMABLES

§ I

Bernie abrió los ojos cuando el primer rayo de sol impactó contra su cara. Serían aproximadamente las seis de la mañana, si no estaba equivocado. Tantos transbordos hacían que perdiera la noción del tiempo.

Sin prisa, comenzó a levantarse de la cama y a mesarse la incipiente barba que poblaba su mentón. Quizá debió hacer caso a su mayordomo y haber dejado que Jenson le hiciera la maleta como había hecho desde que recordaba. Pero no, esta vez quería demostrarles que era capaz de valerse por sí mismo... aunque el día comenzaba sin máquina de afeitar.

* * *

Se miró lentamente en el espejo del lavabo de casi todos los ángulos posibles. Por aquí una ojera, por allá una cicatriz recuerdo del viaje por Perú. Mirara por donde mirara sólo podía ver una cosa: se hacía viejo y no había obtenido aún el reconocimiento de la sociedad que sabía que merecía.

La última expedición había sido catastrófica: dos guías muertos, aunque no fue por su culpa sino por la negligencia de ellos al confiarse demasiado; y quince millones de euros de presupuesto para obtener nada. Nada de nada. Ni una insignificante moneda ni una piedra labrada. «La nada más cara» habían titulado los periódicos.

Decir que después le quitaron la cátedra de Historia y lo expulsaron de la Universidad de Ducats sería una obviedad. Decir que hasta el mayordomo de la familia se sentía desencantado por la conclusión del viaje del señorito, sería una exageración. Roger siempre alentaba al señor Rockwell en sus disparatadas ideas independientemente de su resultado y ésta no iba a ser una excepción.

* * *

—¿Me permitiría una observación, señorito Rockwell?

—Por supuesto, Roger. Ya sé que nunca sueles fallar. Dime.

—Con todo mi respeto, ¿pediría a Anna que le acompañara a este viaje?

—¿A Anna? ¡A Anna! —su respiración se aceleró—. ¡No...! No, ni soñarlo —dijo temblando de pies a cabeza y añadió, notando su exaltada respuesta— Nunca, nunca más. Eso ya terminó.

* * *

A las tres tenía cita con James Goldflyer, un experto piloto que lo llevaría hasta la base de la montaña. Algunos lo consideraban un tanto peligroso debido en cierta manera a que en los últimos cinco años cambió trece veces de avioneta puesto que las anteriores se encuentran, en estos momentos, convertidas en latas de refresco y algunos utensilios de cocina.

Puesto que aún le quedaban unas siete horas hasta la cita, ¿por qué no visitar el pintoresco pueblo? Desde el balcón de su habitación, se podía observar una magnífica vista del océano y del paseo marítimo. Seguramente comenzaría por

allí antes de dirigirse al zoco a comprar la maldita máquina de afeitar y algunos otros útiles que, a ciencia cierta, le fueron sustraídos de su maleta. ¡Jamás se olvidaría la ropa interior! Si aún le sobraba tiempo, probablemente podría visitar algún monumento de la ciudad, «si es que hay alguno» pensó, dado que el paisaje que observó a través de los ventanales mostraba únicamente edificaciones que, a lo sumo, tendrían cuarenta años; lo que le hacía pensar en algún cataclismo natural, o no, acaecido no más de medio siglo atrás en la zona.

* * *

Desde el Hotel hasta el puerto, no tardó más de quince minutos, aunque había estimado que le llevaría, por lo menos, media hora; así que la espera hasta la reunión pintaba iba a ser mucho más larga de lo que esperaba. Sólo le quedaba el consuelo de que conocía el dialecto local, lo que le permitiría evitarse algún que otro malentendido que derivara en una guerra campal como en Moscú.

Las fachadas ponían de manifiesto que no había errado en cuanto a la antigüedad de las edificaciones. Salpicadas entre las nuevas construcciones, se encontraban restos de otrora casas de pescadores con enormes carteles anunciando próximas viviendas de lujo o grandes superficies comerciales. Era obvio que la restauración de la ciudad se realizaba con vistas al turismo.

Poco había que ver: amplias calles, bares y otros servicios y arena por todas partes. Demasiado monótono para su gusto. Tras recorrer dos veces el paseo, ya sabía dónde se encontraban todas las tiendas, por lo que, decidió, de mala gana, continuar con su hoja de ruta.

* * *

Poco a poco, se fue dando cuenta de lo equivocado que estuvo al rechazar la sugerencia de Roger. Anna seguramente le hubiera persuadido de acudir a la playa. Con casi total certeza, ella ya tendría diseñada una ruta que le permitiría ir directamente a los lugares más «interesantes», por definirlos de alguna forma. «No haría ningún mal en llamarla y preguntarle si podría enviarme alguna información sobre la ciudad... No podría negarse.» pensó aduciendo conocerla como la conocía. Sacó su móvil y marcó de memoria su teléfono. Mientras sonaban los toques, empezó a darse cuenta que no había tenido en cuenta la diferencia horaria. «¿Qué hora local sería allí? ¿Las dos, las tres de la tarde? ¿O sería la una de la mañana?» no estaba seguro.

—¡Bern! —oyó de pronto por el altavoz del teléfono—. Si me llamas, por lo menos ten la decencia de responder —suspiró lentamente pues ya había oído con bastante frecuencia esas palabras—. Hay que ver... tres años sin saber de ti —«eso no es totalmente cierto» pensó Bernie— y me llamas para que haga un monólogo. No hay quien te entienda. El otro día, por ejemplo...

—Hola, Ann —atajó Bernie.

—Hombre, ya era hora. Dichosos los oídos que te oyen... A ver, ¿qué quieres?

«Al menos no parece haber cambiado demasiado. Siempre al grano» suspiró. Ya que estaba abierta la veda, tocaba lidiar. Seguro que haría mil y una preguntas, así que tenía que ser breve y no dar pie a más interrogatorios.

—Mira —añadió Anna— cuando te canses de dar vueltas, tuerce a la derecha por Jhonson Blvd.

—¿Cómo dices? —eso le había pillado totalmente desarmado e infraganti.

—Que tomes la segunda calle a la derecha, Bern.

—¿Pero qué demonios dices, Ann? ¿De qué estás...?

Sin poder terminar la frase, el sonido de desconexión chilló en su oído, aumentando hasta niveles insospechados sus sospechas y temores. «¿Qué fue lo que me comentó Roger sobre Anna antes de su partida?» Comenzó a hacer memoria. Recordaba que le había sugerido llamarla y que había reaccionado un poco histérico. Luego, Roger digo «Como desee, señorito» o algo así y...

[...]